

Señblanza

CARLOS MURCIANO

Carlos Murciano ha nacido en uno de los pueblos más bellos de España, en Arcos de la Frontera, un pueblo de poetas. En este pueblo, situado, a no pocos kilómetros de mi nativo Jerez de la Frontera, nació mi padre, hace ya setenta y seis años. Fue mi padre, quien orgulloso de su pintoresca belleza, me llevó a verlo reiteradas veces. Yo recuerdo ahora, un poco vagamente, las calles de Arcos, como encaramadas en el viento, piedra y aire, cal y sol, con sus balcones verdes, veo sus conventos semi-ruinosos, llenos de musgos, verdines, hierbas, sus torres amarillas y anchas plazas con árboles, todo lo veo en sueño, el sueño de la infancia, hasta aquel castillo, nido de águilas, o el quiebro siniestro de la Peña con sus pajarracos, y, bordeando, un río manso, de color aceitoso.

Arcos, prodigio de hermosura, es también una maravillosa fragua de belleza. Ciudad de poetas, de tan alta alcornia como Antonio Murciano o Julio Mariscal, dos grandes poetas, o novelistas como José y Jesús de las Cuevas, de primera línea.

Carlos Murciano, a pesar de su juventud, tiene una extensa bibliografía. Su último libro, «Tiempo de Ceniza», acaba de aparecer, en 1961, en Santander.

En la poesía andaluza de Carlos Murciano hay que distinguir cuatro rasgos esenciales. Son: belleza, melancolía, perfección y luminosidad.

La belleza

Rinde Murciano, como buen andaluz, culto a la belleza. Se le rinde en la hermosura del mundo, de las cosas, a través de una magia verbal. Así, el poema «La casa», de su libro «Viento en la carne», publicado en 1954, en Adonais, uno de los más bellos poemas que yo haya leído nun-

ca. En ese poema se expresa lo que hay de incógnito, en ese drama, que es la vida de un hombre. Aquí, la belleza lírica alcanza su más alta infabilidad. El escollo sería caer en el preciosismo, en un juego de música verbal, pero la musa de Carlos Murciano, airosa, se ha salvado.

La melancolía

Sobre toda la poesía de Carlos Murciano se cierne una sombra de melancolía, como leve sombra blanca estampada sobre un muro lleno de sol. En Andalucía, la luz lo embruja todo, y hasta la tristeza se hace luz, ha dicho un poeta sevillano. Tal vez, en ningún libro se refleje mejor esta melancolía, entre pensativa y soñadora, algo vaga, algo amorosa, y bastante nostálgica, me refiero a «Poemas tristes a Madia», publicado en 1956.

La perfección

No obstante el fondo romántico que la caracteriza, y de su vaguedad musical, a veces diluída hasta el virtuosismo, la poesía de Carlos Murciano posee una gran perfección, un sentido arquitectónico de la forma, una técnica del ritmo, más intuitiva que aprendida. En el soneto, Carlos Murciano hace maravillas, sonetos como «Sísifo» o «El reloj» de «Tiempo de ceniza», pueden figurar entre los mejores que se hayan escrito en estos veinte últimos años. En el soneto, Carlos Murciano, se nos revela como un maestro; aquí, tal vez radique lo más imperecedero de su lírica hasta ahora, lo más clásico, lo más eterno.

Luminosidad

Toda la poesía de Carlos Murciano está como nimbada por una suave luminosidad. Esta luz se hace transparencia en el cristal del verso, nunca empañado, siempre pura diafanidad. Es el de Murciano un verso muy andaluz, por su majestad y colorido, tiene hasta un no sé qué de arrogancia andaluza, que poseyeron un Rioja o un Góngora, y que nada tiene que ver con el empaque castellano, pero es sobre todo, luz, sí, luz radiante como la del sol que brilla sobre su Arcos natal.

Carlos Murciano, con una obra en marcha, es aún muy joven, pero es ya un fruto logrado, cierto, (por la amplitud de su obra y por la personalidad que la define), de la actual poesía española, y figura entre los primeros.

JUAN RUIZ PEÑA